

2^a
EDICIÓN

SENTADOS EN LA BUTACA DE UN CINE

VERSIÓN AMPLIADA

JUAN CARLOS JIMENEZ RUIZ



Juan Carlos Jiménez Ruiz

SENTADOS EN
LA BUTACA DE UN CINE
Versión ampliada

EDICIONES DOCE CALLES
MUSEO DEL CINE. COLECCIÓN CARLOS JIMÉNEZ

2ª Edición: Versión ampliada

El editor hace constar que se ha hecho lo posible para proteger la identidad de los personajes de esta novela, sin distorsionar la historia que se narra. A pesar de ello expresamos nuestra disposición a realizar cualquier rectificación que, en este sentido, se sugiera en futuras ediciones.

© de los textos: Juan Carlos Jiménez
© de la presente edición: Museo del Cine

Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-849744-257-2
Depósito legal: M-19474-2019

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Dirijase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prefacio	13
Por qué amé el cine	17

PRIMERA PARTE SUEÑO Y REALIDAD

<i>Bienvenido mister Marshall</i>	47
Breve recorrido por mi pueblo. 1961: el pueblo y sus cines	56
Aventuras de juventud: «la mili»	60
Todo un militar, toda una mujer	72
La promesa de Andrés	77
Mi encuentro con el cine	86
Los oficios de Andrés	103
De cómo cobrar a un moroso	112
Mi primera sesión de cine	116
Andrés se inicia en el cine. 1962: <i>El pingüino</i>	133
Los coches de Andrés. La aventura del Biscúter	139
Andrés empresario y director de la banda de música	147
1963: mi encuentro con la televisión. Mi vida	153
1964: el cine Alegrías	161
Desventuras en la cabina de un cine	183
Andrés nos invita al cine y la primera televisión	198
Una tarde de cine	214
El cabo, el cura y el cine parroquial	222
Las amistades de Pedro	230
Ya soy operador	233
De sueño a realidad	241

SEGUNDA PARTE INICIO Y DECADENCIA

Comienza la aventura	251
Los permisos: la licencia de apertura	261

El endeudamiento	267
Cine de verano en noviembre	275
El cine Avenida	278
El cine París no cierra	282
El primer circuito de cines	286
Un poeta en el cine	292
La primera inspección	298
Aumentan los problemas, disminuye el tiempo	304
¿Cura o guardia civil?	308
El saxo y la suegra	313
Una Semana Santa con cine	319
Otro cine más	322
Distribuidoras y Comisión Mixta	325
Resolviendo problemas	331
El internado	334
Los calefactores	337
La justicia del cura	344
Cine en Orusco	349
Aumentan los gastos, disminuyen los ingresos	355
Mi encierro	359
Camino al desastre	363
Una sesión maravillosa	365
El público se pone «negro»	370
Se necesita otro cine	377
El cine sin nombre	382
Otro proyecto, otro problema: edificando un baile	386
María de la O	393
Un buen amigo	403
Una tarde de cine cualquiera	409
El final de la cuenta atrás	414

TERCERA PARTE LUCHA Y RECUPERACIÓN

Otro cine parroquial	419
Una tarde en el río	423
Un respiro en el camino	427
Travesuras de jovencito	430
El jueves: <i>Corre cuchillo, corre</i>	435

Las lecciones de Andrés.....	440
Nuevo coche, nuevo cine.....	444
De nuevo, otro cine.....	448
Cambio de calefacción.....	453
1972: un año más.....	456
Un cine en Belmonte.....	458
La sorpresa.....	461
Baile con discos.....	463
Cine en un frontón.....	467
La hipoteca y mi abuela.....	470
Puritanos, camión y coche.....	473
Adiós, Rufino.....	476
El cine y Los Géminis.....	481
Otro cura, otra historia.....	485
La asociación.....	489
Un periodo de recesión.....	494
Andrés, concejal.....	498
Mis inicios como director.....	500
Tiburón.....	502
Los cambios políticos.....	508
Evolución imparable.....	512
Otro alcalde, otro problema.....	514
«Coque» y los <i>stripteases</i>	517
El señor alcalde.....	522
Víctor, otra vez.....	525
Un cine más.....	532
La discoteca.....	535
Tramitando permisos.....	540
La segunda inauguración.....	542
De película.....	544
Adiós discoteca.....	547
El cine de mi niñez.....	549
Acomodador y vigilante.....	552
Primavera del 79: el alcalde y la política.....	556
El edil y su ley.....	559
El declive de un cine.....	562
Tiempos de escepticismo.....	564
El futuro en juego.....	566
El cine que vemos: <i>El crimen de Cuenca</i>	568

La sequía.....	572
Cine al aire libre.....	575
Sentados en la butacade un cine.....	578
Epílogo.....	580
...29 años después.....	587
Continúa la pasión... ..	589
Los Protagonistas.....	593

PREFACIO

Estimado lector:

Aunque esta historia trata de algo que podría ser tan romántico como esos sueños que nos ofrece el cine, no es la biografía de un personaje al que la gente, en honor a sus títulos y elevada posición social o económica, tilda de ilustre.

Aquí no hay «sangre azul». Tampoco popularidad, homenajes y premios; la fama de nuestro protagonista, en la vida real, no sobrepasaba algunos pueblos más de su entorno. Aquí hay ilusión y anhelo, pobreza y humillación, abuso y zancadillas; pero, sobre todo, lucha y tesón que son las virtudes que engrandecen a todos pero, muy especialmente, a los más débiles.

«He pasado tantas calamidades para realizar mi sueño, que con ellas se podría escribir un libro», había oído decir a mi padre, en alguna ocasión, tras un suspiro de alivio.

En 1986, tres años antes de su fallecimiento, comencé a interrogarle sobre todo aquello que, para no preocupar a su familia, nos había ocultado. Intuí que seguía engañándonos, que injustamente se avergonzaba de muchas de sus vivencias y que las más comprometedoras morirían con él.

Pasaron ocho años más hasta que en 1994, convencido de que esta es una historia digna de ser contada y de la que sentirse orgulloso, comencé a entrevistar a cuantos habían estado a su lado, tratando de contrastar nuevas versiones sobre los mismos acontecimientos.

Acomodadores, operadores, porteros y taquilleros, avalistas, compañeros, concejales y alcaldes, prestamistas, arrendadores,

familiares, vecinos o simplemente conocidos; a veces, con extrema claridad y otras, atenuando un testimonio espinoso, todos ellos fueron refrescándome la memoria y desempolvando aquellos otros recuerdos que posaban escondidos en algún lugar de mi mente.

Sabía que no llegaría nunca a conocer algunos episodios y que otros tendría que dejarlos en el tintero; pero, también que eso no cambiaría el sentido de la historia y, con la lentitud que mis quehaceres siempre me han impuesto, comencé a escribir este libro a pesar de no ser esta mi profesión pero contando con algo muy valioso: la historia.

Esta es la biografía novelada de Andrés Jiménez París. Hombre pobre, y pobre hombre, al que comenzaron apodando «el cacharreo» para terminar llamándole «señor París» quienes consideraron que los títulos van parejos a la situación económica.

Sin embargo, los hechos que aquí se narran no son aislados. A ese hombre, mi padre, le tocó vivir una época en la que la economía nacional, estacionaria desde la postguerra, comenzaba a despegar y la precariedad en la que él se desenvolvía era la tónica general en cualquier otro punto de la península.

Las peripecias, a veces anecdóticas y hasta cómicas, de sus jóvenes ayudantes; el funcionamiento de los cines que aquí se describe, generalmente anquilosados desde hacía veinte o treinta años atrás, sus peculiaridades, incluso el ambiente que dentro de ellos se vivía, coinciden plenamente con las características de cualquier otro cine, o empresario de cine, establecido entonces a lo largo de la geografía española.

Este autor no es solamente testigo directo de los avatares de Andrés, si no que pertenece a la última generación que ha conocido, en su niñez, el injusta y despectivamente llamado «cine de pueblo» y, además, ha asistido a su declive. Es por eso que una de las finalidades de esta narración sea la aportación de vivencias y datos que puedan ayudar a comprender mejor aquella sociedad rural y que, de otro modo, se perderían.

También he pensado en usted, estimado lector. Le veo cómodamente sentado en un sillón de su salón, quizá bajo la tenue luz de un flexo, imaginándose sentado en una butaca de aquellos cines y paladeando el ambiente que este libro le describe. Quizá de esa forma logre hacerle partícipe del sueño que ya solo queda de aquellos tiempos pasados y de la moraleja que de ello pudiera extraerse. Todo eso sin olvidar los conocimientos de régimen interior, sobre todo en los campos de la distribución y exhibición cinematográfica, que aquí se aportan.

El lenguaje es sencillo, las expresiones muy caracterizadas. el «politiqueo» sencillamente no existe, y nada más lejos de este autor que intentar reabrir heridas ya cicatrizadas en personas relacionadas con esta historia, que aún viven y que por diversas razones, éticas o no, se posicionaron en la parte contraria. Es por ello que para evitar susceptibilidades y proteger a los personajes, aún tratándose de un relato basado en hechos reales, a excepción de los protagonistas, han sido sustituidos los nombres propios, tanto de personas como de asociaciones o entidades, y la acción se desarrolla en poblaciones distintas a las mencionadas.

Mención especial merecen otros cines con los que hemos competido, especialmente en nuestro pueblo; con los que, pasado el natural recelo de la primera época, mantuvimos una relación ética y profesional intachable.

En ningún momento ha sido intención de este autor tratar de juzgar los hechos que aquí se describen, sino simplemente narrarlos sin ninguna pretensión inculpatória, e incluso atenuando algunas situaciones escabrosas que no he podido ocultar. Aún así, difícilmente una obra autobiográfica puede ser plenamente objetiva y, por consiguiente, asumo que las historias que aquí se cuentan lo son exclusivamente desde mi punto de vista personal admitiendo de antemano que puede haber otros hechos o manifestaciones contrarias, u otras historias o puntos de vista diferentes tan respetables

como los míos. Es, por consiguiente, la opinión personal del autor la que se refleja en estas páginas, unida a testimonios cuya veracidad, a veces y muy a mi pesar, es difícil demostrar.

Nuestro protagonista tuvo unas firmes creencias cristianas y católicas, inculcadas por su madre, que conservó con todas sus fuerzas a pesar de que algunos representantes de esa Iglesia que nos promete el cielo, bien se hicieron notar en la tierra.

Consecuente con sus ideas, Andrés Jiménez París siempre admiró a quienes practicaban el bien, y su corazón se henchía de agradecimiento cuando alguien le tendía su mano. Sin embargo, nunca pudo pagar, materialmente, esas pequeñas ayudas que, para él y en su situación, fueron muy grandes.

Las decenas de empleados que pasaron por sus cines, asesores de este relato, eran parientes, amigos, conocidos o simplemente niños que no tenían otra pretensión que pasar gratis al cine y tomarse un refresco. Los sueldos, en la mayoría de los casos, eran simples propinas que Andrés repartía las pocas veces que le quedaba algo en su bolsillo. Casi todos eran tan pobres como él y, a pesar de ello, le ayudaron, demostraron ser sus únicos amigos y hoy guardan un inmejorable recuerdo de aquellas aventuras.

Es por ello que no sería justo terminar esta introducción sin agradecer los servicios prestados con total desinterés económico por tantas personas humildes, algunas tan necesitadas como el propio Andrés, que a pesar de no tener ni una sola peseta, tampoco la pidieron.

Esta segunda edición conserva toda la estructura de la primera pero, a diferencia de ella, muchos pasajes han sido ampliados y algunas historias, también verídicas, añadidas.

POR QUÉ AMÉ EL CINE

Yo era un niño enclenque. Hacer que tragara algún alimento suponía para mi madre un arduo trabajo, diario y continuo, y ella buscaba sus métodos: un cuento en la radio, un juguete, o cualquier otra cosa que pudiera distraerme para que, sin darme cuenta, tomara cualquiera de los exquisitos alimentos, a mí no me lo parecían, que madre y abuela preparaban exclusivamente para mí, hijo y único nieto al que siempre mimaron hasta la saciedad.

Pero el sistema siempre era el mismo y ya no lograban engañarme. A veces, si el gato se daba una vuelta por la cocina, que era hogar para todo, le utilizaban como cebo para lograr sus fines; lo que ellas no sabían era que el pequeño felino estaba de mi parte porque, al menor descuido, las chuletas se las echaba a él. Después, cuando solo había dejado el hueso volvía a poner este en el plato y hacía, muy a mi pesar, feliz a mi madre haciéndola creer que era yo quien se las había comido.

Así es como yo alimentaba tan interesada amistad; el gato en vez de comer ratones, que era lo propio, comía chuletas y jamón; y yo engañaba a toda la familia. Éramos unos traidores pero, también, he de decir que mucho más el gato.

Cuando el gato se marchaba por los tejados a «buscar novia», mi madre, harta y desesperada, simple y sencillamente recurría a la amenaza.

Sin embargo, mi padre nunca se peleaba conmigo y me engañaba dulcemente:

«Si te portas bien, un día te llevaré al cine» solía decir cuando quería convencerme de algo.

Pero, a pesar de que yo, haciendo un enorme sacrificio, trataba de cumplir mi parte del trato, el día nunca llegaba y tenía que conformarme con escuchar las bonitas historias que, supuestamente, vería en la gran y única pantalla de mi pueblo porque la televisión aún no había llegado a mi casa.

Así es como empecé a soñar con el cine. Algo maravilloso que jamás había visto y que yo recreaba en mi mente con toda clase de detalles.

Así, inesperadamente, el día llegó y mi satisfacción fue completa: había vencido a mi madre... y me iba con mi padre.

Es indescriptible la ilusión que invade a un niño caminando bajo una fría noche de invierno para ir a un desconocido cine, sin saber para ver qué película, donde ni siquiera había calefacción. Aquellos diez minutos que mi padre y yo tardamos en llegar caminando bajo el débil alumbrado de unas pocas lámparas callejeras, fueron los más felices de mi vida. Nuestros únicos compañeros fueron el frío, la penumbra y el hielo, y siempre se lo agradecí.

Unas palomas saltando de tronco en tronco al final del *No-Do* y un rugiente león al principio de la película fue suficiente para seguir soñando; porque, encogido en mi butaca, mis ojos se mantuvieron lo más lejos posible de una pantalla en la que, en blanco y negro, con un solo coche fúnebre que apareció, fue suficiente para imaginarme todas las secuencias de terror del mundo; ¡pero... había ido al cine!. Fue mi bautismo cinematográfico, pero entonces no podía imaginar que me acompañaría durante toda mi vida.

Mi padre era hombre de negocios; un gran emprendedor en una época difícil para emprender. Quienes bien le querían le calificaban de «luchador» y él, descendiente de una de las familias más humildes del pueblo, luchó con todas sus fuerzas para salir adelante. Era músico y explotó la música como ninguno de sus compañeros a los que dirigía como director de la banda de música. En la pequeña escala que su pobre economía le permitía montó un almacén de vides americanas, una fábrica de colonia, una distribui-

dora de bebidas refrescantes, una de gas y una sala de baile; pero su predilección era el cine, eso que presumen los franceses de haber sido inventado por los hermanos Lumière y, concretamente, el cine entendido como sitio donde se proyectan películas, es decir, lo que antes se llamaba cinematógrafo y ahora sala de cine.

Antes de iniciarse en el que iba a ser el gran negocio familiar, él se ilusionaba visitando las distribuidoras y trayendo a casa guías de películas que le ofrecían para contratar. A mí me parecían cuentos y su lectura era mi pasión. Una y otra vez hojeaba toda esa publicidad, también de proyectores, seleccionando las que más me atraían, sobre todo las referentes a Charlot, el Gordo y el Flaco, así se les apodaba en España a Stan Laurel y Oliver Hardy, Tarzán «de los monos» o cualquier otro título que para un niño tuviera un especial atractivo.

En la mente de mi padre había cine; tanto que cuando, a mis siete años, llegó el día de Reyes, lo que me «echaron» fue una máquina de cine.

Era amarilla, de hojalata, de la marca Payá. Se iluminaba con una bombilla, normal y corriente, como las que había en el aplique de mi mesilla de noche, y la película de papel vegetal pasaba de un lado a otro de la ventanilla del pequeño proyector girando una pequeña manivela. Solo tenía un pequeño problema, aunque a mí no me lo parecía: la lámpara encendida calentaba la chapa hasta abrasar y al menor descuido me quemaba la mano con la que tenía que sujetar el proyector para que no se moviera mientras giraba la manivela con la otra. Pero me aguantaba y jamás me quejé, por si el remedio hubiera sido peor que la enfermedad.

Solo una peliculita venía con el proyector y yo la proyectaba una y otra vez. Si era de día bajaba la persiana de la ventana de la cocina; si era de noche, apagaba la luz cuando se iba mi madre pero, pasada una semana, había visto tantas veces la misma película que ya apenas me entretenía. Tenía que buscar una solución, la manera de conseguir otras películas; pero, eso no era todo. El único espec-

tador era yo mismo; no podía compartir con nadie las sensaciones que experimentaba con mi peliculita y pronto me di cuenta de que, si verdaderamente quería disfrutar de mi regalo, tenía que hacerlo con más gente, con otros niños. Sin darme cuenta había descubierto el significado y principal razón de ser del espectáculo cinematográfico.

Cuando fui con mi padre al cine aprendí mucho. Vi que había que pagar para entrar y te daban una papeleta llamada entrada; te sentabas en una butaca y se apagaban las luces; había muchos asientos para muchas personas y sonaba la música; cuando terminaba la película volvías a tu casa con los recuerdos de ese buen momento vivido, pero sin el dinero que llevabas en el bolsillo. Y hallé la solución.

Tenía mi máquina de cine, una película, la radio de mi madre, el salón de mi casa y un membrete de mi padre para fabricar las entradas. Mis compañeros de escuela, que tampoco tenían televisión en sus casas, no tardaron en sucumbir a mi propuesta y, por dos reales cada uno, de aquellos que tenían un agujero en el centro, unos treinta niños casi vieron la primera proyección de mi vida; digo «casi» porque cuando apareció mi madre y vio semejante alboroto los echó a todos a la calle.

Con el dinero recaudado compré muchas películas, pero no pude disfrutar plenamente de ellas; ya no podía exhibirlas con mis compañeros. Las veía en la soledad de mi habitación. Algo faltaba. Cuando mi padre borró de la puerta de mi casa la palabra «Cine», que yo había pintado con tizas sustraídas de la escuela, comprendí que mi negocio se había terminado sin saber que acababa de empezar.

Un día vi por mi casa unos pequeños rollos de película de 35 milímetros. Me callé, por si acaso, y me dediqué a jugar con ellos; lástima que en un descuido me sorprendió mi padre mientras los manipulaba y me los quitó en el acto. Eran restos de su propio naufragio. Había intentado dar cine con una película de nitrato y del fuego solo se había

salvado ese con el que yo jugaba. Tampoco él era perfecto, le recriminaba yo sin que me oyera.

Pasaron pocos meses hasta que mi padre inauguró su primer cine-baile. Él era un buen músico, y no le importaba tocar durante horas y horas su saxofón acompañado, tan solo, por algún aprendiz de batería. Cine y baile con la misma entrada: el éxito estaba asegurado.

Mi padre había comenzado a poner en práctica su ilusión: tener un cine. De momento tan solo era un destartalado local alquilado que ya había tenido mil usos, incluido el de gallinero, pero por algo había que empezar y, con el binomio cine-baile, pronto se convirtió en el personaje más famoso de aquella población.

Tras sus sesiones, de vuelta a casa a altas horas de la noche, rebosaba satisfacción por el trabajo realizado y el fruto conseguido. Y yo lo veía en sus ojos, en su expresión y soñaba en compartir esa felicidad con él que, ante mi insistencia, se vio obligado a prometer llevarme a aquel cine, curiosamente llamado Alegrías, lo antes posible. Y el día llegó.

Si no hubiera sido por mi madre aquella tarde hubiera sido perfecta, pero ella me controlaba y aprovechó la ocasión para llevar una gran merendera y hacerme «tragar» durante toda la película chuletas de oveja con pisto de pimiento y tomate. El postre, como ya había terminado la sesión... ¡se lo tuvo que comer ella!

En esa ocasión había elegido mi padre una película apropiada para mí. Se llamaba *Pachín*; la interpretaba otro niño llamado Angelito y cantaban aquello de *Asturias patria querida*...

El cine estaba totalmente lleno de público. Sentado en mi butaca de madera, unida en muebles de cuatro, bien miraba a la pantalla, bien a la luna que se veía a través de las grandes ventanas acristaladas del salón. Una banda negra de unos veinte centímetros de diámetro delimitaba una pantalla pintada de cal y un viejo proyector de carbones, de no se sabía cuántas manos, que había costado 40.000 pesetas, lógicamente comprado a plazos, funcionaba

como podía con una película que, como era habitual, llegaba a ese pueblo con tres años de retraso.

Mi principal empeño era buscar a mi padre; con él me sentía más libre y podía conseguir mucho más que con mi madre. Por fin accedió a llevarme a la cabina para ver el proyector.

Era una máquina enorme, al menos el doble de alta que yo. Un monstruo metálico pintado de negro del que no solamente escapaba la luz hacia la pantalla a través del celuloide, si no que salía por todas sus rendijas hasta iluminar plenamente una cabina de proyección, a pesar de que la luz estaba apagada. Como no había chimenea que expulsara los humos al exterior, el hollín de los carbones se depositaba en el techo, y por ese hollín había de regirse el operador para mantener la llama del arco en el mismo sitio y así regular el haz luminoso que chocaba contra la pantalla en forma de película.

No menos impresionante era el rectificador de corriente. Esta función la hacía con lámparas. Al conectarle sonaba un golpe seco y estas se encendían hasta deslumbrar y hacer apartar la mirada a cualquiera. Me asusté y años después compararía ese mecanismo con el que aparece en la película de Boris Karloff, *El doctor Frankenstein*. Una película de 1931 que, al igual que *King Kong* u otras clásicas, se estuvo proyectando en los cines, con toda naturalidad, hasta los años setenta; los reprises, a falta de otros medios de visionado, eran muy normales en los cines hasta mucho después de la aparición de la televisión.

Así, el impacto de lo novedoso, el salir de las faldas de mi madre, el experimentar el ambiente festivo creado por un público entregado al espectáculo, y el cuento que se narraba en la pantalla con unas imágenes más reales que las de mi imaginación, hicieron que, en lo sucesivo, toda mi lucha consistiera en volver a aquel cine.

Cuando terminó aquella sesión, comenzó el baile; cuando finalizó este, mi padre tratando de complacerme proyectó, solamente para los empleados, mi madre y yo, quince minutos de la próxima película. Así, con la miel en los labios, volvimos a casa.

Ese mismo año me había encontrado con la televisión. Sin embargo, en mí no tuvo gran impacto. Yo veía a otros niños que se desvivían por ir a casa de alguien que tuviera una para ver cualquier programa, pero yo ya había visto y vivido el espectáculo en pantalla grande y aquello me parecía un juguete más.

En mi pueblo, a pesar de esas primeras televisiones que llegaban a las casas de los más adinerados que, a su vez, dejaban que quien quisiera fuera a verlas, sobre todo cuando emitían corridas de toros, el cine continuaba su exitosa trayectoria.

La gente aún estaba abonada a su butaca si no quería correr el riesgo de quedarse sin cine el domingo; y yo con ocho pesetas en mi bolsillo tenía suficiente para comprar una entrada de «gallinero» y una Pepsi. Con mis pequeños amigos subía las escaleras laterales de aquel cine de mi pueblo, Cine Victoria, para divertirnos armando cuanta más juerga mejor, tanto con película como sin ella.

Vigilábamos al acomodador y, cuando desaparecía, nos desahogábamos cuanto podíamos. Él volvía, y le recibíamos con respeto, sumisión y sobre todo, con esa cara de chicos buenos que cambiaba radicalmente cuando volvía a desaparecer. Quizá lo importante no era la película si no la juerga que nos traíamos viendo, que otros, no eran capaces de descubrir nuestras travesuras.

Aun así, no éramos de los peores. Otros comían pipas echando las cáscaras a los de abajo, algunos explotaban las bolsas de las palomitas haciendo un ruido tremendo en el momento más silencioso de la película, incluso alguno más bruto, hacía su gracia escupiendo al aire y esperando la sonora protesta del espectador de abajo que, sin comerlo ni beberlo, recibía tan desagradable «regalo». A mayores gritos, mayor diversión.

Terminada la sesión, aplausos, silbidos, manos extendidas ante el foco del proyector jugando a hacer sombras chinescas, mientras los más audaces se deslizaban por las barandillas de las escaleras a toda velocidad sin que a los acomodadores les diera tiempo a impedirlo. La tarde era fenomenal. Y la diversión, completa.

El cine parroquial que había abierto el cura para «proteger» a los niños, no me gustaba tanto. El proyector no era como el de mi padre. Era pequeño, de 16 milímetros, parecía de juguete, y allí solo iban niños. Las películas eran todas infantiles, no podíamos enfadar a los de abajo porque no había entresuelo y todo era más monótono. Me sentía mejor entre los mayores, y pocas veces fui a él.

Ante mi insistencia, muy pronto mi padre me propuso ayudarme a «dar cine», y mi ilusión no podía ser mayor. A mis ocho añitos me encontraba subido en una caja de refrescos, de aquellas que se fabricaban con madera y clavos, para alcanzar a los mandos del proyector en una cabina con las paredes llenas de cables, interruptores de cuchillas y destellantes luces provenientes de las lámparas y carbones del arco voltaico.

Era impactante. Conectar el interruptor trifásico del rectificador, oír el choque de la corriente y encenderse al unísono las dos lámparas transformadoras desprendiendo sus potentes rayos lumínicos por toda esa habitación, fue uno de mis primeros impactos porque, además, el contacto de las cuchillas desprendía chispas. A veces, mientras conectaba esas cuchillas, miraba para otro lado. Una imprudencia que hubiera podido salirme muy cara, máxime con una mano temblorosa de pánico que tenía que hacer bastante fuerza para encajar las cuchillas en las tres presillas de contacto. Un sistema que a principios de los setenta fue totalmente prohibido por la peligrosidad que encerraba.

Pero lo primero que me enseñó mi padre fue a montar la película en el proyector, al que siempre llamábamos «máquina». Era fácil y aprendí al instante, pero tenía un pequeño problema: la linterna del proyector era manual y había que regular constantemente el desgaste de los carbones mirando, bien al techo, bien directamente a la luz del arco a través de un cristal oscuro que poco atenuaba el potente haz luminoso. En consecuencia, cada vez que miraba directamente a esa luz cegadora, tenían que pasar después unos cuantos segundos hasta que pudiera recuperar la vista.



LA PROPUESTA QUE EL AUTOR NOS HACE A TRAVÉS DE ESTE LIBRO es un canto al cine, que bien pudiera ser un reflejo del *Cinema Paradiso* de Giuseppe Tornatore, un *film* que no tardó en convertirse en un clásico del cine.

Si aquella obra fue un retrato sentimental del ocaso de la clásica sala de cine, que no pasaba del ámbito familiar, regentada por aventureros de todo tipo que, buscando un hueco en su pobre economía, terminaron convirtiéndose en forjadores y transmisores de la más popular de las artes, en este libro –tratado a veces en forma de humor por las extravagancias que acontecen– Juan Carlos Jiménez nos muestra de forma novelada, como testigo directo y desde un punto de vista profesional, los avatares que sufrieron aquellos pioneros del Séptimo Arte para introducirse, crear y mantener aquellos humildes cines rurales despectivamente apodados «de pueblo».

El funcionamiento general de los cines que aquí se describen, las peripecias trágicas pero también anecdóticas y cómicas de los protagonistas, y sus relaciones con los poderes de la época –representados en alcaldes, curas, vigilantes de la moral, Guardia Civil...– nos muestran el ambiente cinematográfico –e incluso a veces estrambótico– de aquellos «felices sesenta».

Firmado por sesenta empleados de aquellos cines, que acreditan la veracidad de las historias que aquí se narran –por increíbles que pudieran parecer– el autor, a veces testigo, a veces protagonista, a veces depositario de escondidos secretos, transportará al lector a unos tiempos en los que el cine incluso fue prioritario a la comida.

Si cine es soñar... ¡Soñemos!

Doce Galles
EDICIONES


MUSEO DEL CINE
Colección Carlos Jiménez

